

CONCLUSION.

Al recorrer la «Historia de la América del Sur» desde su descubrimiento por Cristóbal Colon hasta nuestros dias hemos tenido ocasion de ver de que manera España y Portugal—la primera particularmente—fueron ensanchando los descubrimientos del inmortal genovés y conquistando por la temeraria intrepidez y arrojo de sus hijos la mayor parte de tan vasto continente; hemos visto tambien el heroismo desplegado por sus habitantes para defender contra el extranjero invasor el sagrado suelo de la patria; hemos reseñado despues los procedimientos de que echó mano aquella entonces poderosa nacion para dominar y sojuzgar, para colonizar tan inmensos territorios

como habia adquirido, así como la titánica lucha que por espacio de algunos años sostuvieron nuestros padres para reconquistar su independencia.

En esta primera parte de nuestra obra, hemos relatado con toda su horrible desnudez las atrocidades y horrores de la conquista y de la colonizacion; pero sin exagerarlos ni atenuarlos: con la más severa imparcialidad. No se crea sin embargo, que nosotros como americanos incurrimos en el vulgar y generalizado error de suponer que América es solo deudora á España de los muchos é inevitables males que trajo consigo la conquista y colonizacion de nuestra patria en una época en que las ideas políticas, religiosas y económicas descansaban en el error y por consiguiente se resolvian los problemas que origina la gobernacion de un estado con un criterio tan distinto del que predomina ó impera en este humanitario siglo, que no es otro que el del derecho y el de la libertad. Si España exterminó á una parte de la raza indígena con las armas, más que á refinada crueldad, debe atribuirse á la necesidad en que se vieron sus escasos y atrevidos soldados de imponerse por el terror á pueblos tan numerosos y aguerridos que aun hoy dia maravilla hubiesen podido sujetar, siquiera sea con los medios que emplearon: si cegada por la avaricia sepultó á los indios en las minas postergando la agricultura, culpese tanto como á los españoles á las erróneas ideas económicas de los siglos precedentes y en particular á las que predominaban en el xvi y xvii que admitian como verdad inconcusa que los metales preciosos constituian ya que no la única la principal riqueza de una nacion; si en vez de

convertir á nuestros progenitores al cristianismo por la persuacion y el ejemplo, de civilizarlos, cuidaron de fanatizarlos, embrutecerlos y esclavizarlos, más que á los reyes de España que dictaron leyes prudentes y humanitarias para ponerlos á cubierto de los abusos y atropellos de sus súbditos, debe achacarse á la conducta observada con honrosas excepciones por un clero fanático, intolerante y vicioso, y por los aventureros que contando con la impunidad por razon de la distancia á que de la metrópoli estaban situadas, y de la complicidad de algunos gobernadores de las colonias, á la vez que estimulados por el cebo de las inmensas riquezas que ante los ojos tenian, trataban como esclavos á aquellos á quienes la religion les enseñaba que mirasen como hermanos y á quienes les mandaban respetar las leyes.

Lo hemos dicho antes: no pretendemos negar, ni escusar tan siquiera las faltas de España y de los españoles, las que hemos puesto de relieve en esta obra. Lo que si queremos dejar consignado es que si cometió faltas graves el gobierno y crímenes los colonos, no se puede negar que á pesar de estos y aquellas, habia conseguido la que fué nuestra metrópoli transformar ó convertir á los indios, salvajes casi todos, canibales muchos de ellos, en hombres civilizados, y que si el régimen industrial y mercantil de nuestra América del Sur antes de la guerra de la independencia no puede ser comparado con el que en la misma época vemos en Inglaterra y otras naciones de Europa, débese más que al propósito injustamente atribuido á España de mantener á sus colonias en un estado de abyec-

cion y de barbárie, al atraso de un siglo en que ella misma vivia á causa de haberse mantenido estacionaria mientras á impulso de las ideas filosóficas del siglo xviii la Europa occidental se transformaba por completo. Oigamos lo que acerca de esta materia ha dicho Mr. Chevalier, cuyo testimonio no puede ser sospechoso para nosotros.

«La España, dice este autor, se mantuvo estacionaria, »en medio de la marcha de la Europa occidental, y conti- »nuó con la misma fé, las mismas leyes, las mismas cos- »tumbres, las mismas ideas y las mismas rutinas econó- »micas, agrícolas y mercantiles mientras que sus vecinos »del norte lo renovaban todo. Sus métodos, sus procedi- »mientos y sus hábitos, que llevó á sus colonias, fueron bien »pronto una cosa muy anticuada relativamente á lo que »habia en el norte de Europa; pero mirando al tiempo »pasado de estas colonias eran una cosa prodigiosamente »adelantada, puesto que en materia de civilizacion los »indios estaban á diez ó doce siglos de la era cristiana. »Transportarlos á los principios del siglo xviii y aun á los »del xvii era un resultado muy glorioso. He aquí lo que »los españoles hicieron y lo que ellos solos en el mundo »han tenido poder de ejecutar, por todo lo cual la raza »india les debe un reconocimiento eterno. Antes de los »españoles los indios iban por un camino que conducia á »un callejon sin salida; los españoles los hicieron pasar á »la grande carretera de la civilizacion europea, y les en- »señaron á caminar directamente por ella. Los españoles »cojieron á los indios en estado de caníbales, y de caní- »bales los convirtieron en labriegos. No importa mucho

»que esten detrás de los pueblos más ilustrados, pues si se »hallan en el buen camino y marchan, no les faltan me- »dios para salvar la distancia como los tienen los labriegos »rusos, alemanes, irlandeses, y hasta los franceses, que »tambien estos se hallan doscientos años atrasados.»

Insistamos una vez más. Muchos son los agravios que los americanos recibieron de los españoles, pues no registra la historia pueblo conquistado que no los guarde de sus conquistadores; pero estos agravios quedan en gran parte compensados con los beneficios que de los mismos han recibido, beneficios que no son bastantemente apreciados, si es que no se niegan sistemáticamente, por los que tratan de desacreditar á los españoles, siquiera sea para disculpar la criminal conducta por ellos observada con estos mismos americanos. ¿Puede, en efecto, nacion alguna de Europa que haya fundado establecimientos coloniales en América, demostrar como España con datos estadísticos que en las que fueron sus colonias las dos terceras partes por lo menos de sus actuales habitantes son indios de pura raza? ¿Qué nacion europea podrá como aquella atestiguar que la cuarta parte de la poblacion de sus antiguas colonias la componen los mestizos provenientes de la mezcla de vencedores y vencidos? ¿Entre los estados del viejo continente que colonizaron la América, encontraremos alguno que pueda como España asegurar que ha civilizado á los indios transmitiéndoles, es cierto, todos sus vicios y defectos, pero tambien todas sus virtudes y sus nobles cualidades? Precisamente los que mayor empeño muestran en denigrar á España, alimentando y avi-

vando de paso ódios y rencores que debian haberse extinguido por completo—y que afortunadamente para América y España ván extinguiéndose,—son los que ensalzan hasta las nubes la sabiduría, la moderacion y el espíritu de libertad y de igualdad que caracteriza á los anglo-americanos. ¿En dónde están, se podria preguntar á estos, los mestizos que atestiguan el amor de los anglo-americanos hacia los indígenas? ¿En dónde están los indios que han civilizado? En los Estados-Unidos del norte de América no existen mestizos; y si algunos pocos, poquísimos indios se han librado de ser destruidos por el hambre y la borrachera han sido desapiadadamente barridos del territorio de la Union, por ellos regado con el sudor de sus frentes, y se han visto obligados á refugiarse en los incultos desiertos del Arkansas. Hay que convenir, haciéndoles la debida justicia, en que los españoles son los que mejor han tratado á los indios, con los que llegaron á confundirse y mezclarse, sin que ni los ingleses en la América del Norte ni los portugueses en la del Sur, puedan ostentar los títulos que aquellos á la consideracion de los americanos.

En la propia primera parte de nuestra «Historia de la América del Sur» hemos indicado que la independencia de las que fueron colonias españolas, y aun portuguesas, tuvo por origen tanto como los celos y el odio de los criollos y de los indios contra los europeos que la metrópoli enviaba para gobernarlos, lo absurdo de su sistema colonial, basado en la restriccion y en el monopolio, y principalmente las teorías del derecho formulado por el siglo

xviii y consagrado por la inmortal Revolución Francesa, que penetraron y se difundieron por nuestra América casi con la misma rapidez con que se habian difundido por Europa. Larga y sangrienta fué, segun hemos visto, la lucha que sostuvieron nuestros padres para conquistar su independencia, desplegando en ella un teson, una energia, un patriotismo y un valor tan heróico que asombró á los españoles, los cuales además de estar trabajados por sus disensiones interiores, cometieron el grave error de suponer que los americanos de principios de este siglo valian poco menos que los indios de la época de la conquista. Tenian todos los europeos formado tan equivocado concepto de los criollos y de los indios, que se necesitó de la guerra de la independencia para demostrar que aquellos no eran cual se creia afeminados, libertinos, holgazanes y supersticiosos, ni estos estúpidos, abyectos y degradados, ni estaban unos y otros incapacitados para fundar una república, defenderla y gobernarla. Supieron luchar y vencer y fundar estados libres, cuyo primer acto fué el de proclamar desde Tejas hasta las márgenes de la Plata la igualdad de todos los hombres, aboliendo la esclavitud, ese padron de ignominia que no tuvieron reparo alguno en conservar los anglo-americanos, ese pueblo que los enemigos de España y los de nuestra América del Sur nos han presentado en todas ocasiones como modelo digno de ser imitado.

En la segunda parte de esta obra al recorrer la historia particular de cada una de las Repúblicas fundadas en las que fueron posesiones españolas, y la del imperio consti-

tucional en que se transformó la portuguesa del Brasil, hemos tenido ocasion de ver que todos estos jóvenes estados entraron inmediatamente en contacto directo con las naciones civilizadas siendo sus antiguas trabas reemplazadas por la más completa libertad. Nuestra América del Sur, hermosa de juventud, admirable por su fecundidad, que una aduana ortodoxa y celosa vigilaba y aislaba del resto del mundo mientras estuvo sujeta al régimen colonial, pasó á ser dueña de sus destinos. Establecióse inmediatamente un importante movimiento de cambios con el mundo antiguo y los libros de los sábios de Europa, de sus ilustres filósofos, las obras de sus poetas pudieron circular libremente de Buenos-Aires á Caracas. de Rio-Janeiro á Quito y á Bogotá. Al mismo tiempo las más adelantadas naciones europeas enviaban á los nacientes estados sus arquitectos, sus ingenieros, sus mineros, sus artistas y sus profesores; colonos audaces se esparramaron por el suelo de nuestra América rica en promesas y las capitales vieron llegar del antiguo Continente, artesanos, obreros de todos los oficios, hombres de negocios y atrevidos especuladores. Se abrieron escuelas, se construyeron puertos, establecieronse faros, se trazaron caminos, se echaron puentes en los rios, los bosques fueron recorridos, explorados los rios, visitadas las montañas, el agua brotó entre las ardientes arenas, y el telégrafo habla ahora y el vapor silva entre los desiertos que no habian oido más que relinchar al caballo salvaje y el grito del jaguar.

Preciso es reconocer y confesar que esta incesante comunidad de intereses y de ideas, este comercio de todos

los dias con la civilizacion exterior, han modificado las costumbres, las aspiraciones se han engrandecido, al entusiasmo de la libertad ha venido á unirse la fiebre de lo nuevo, de lo desconocido, y esto ha producido ensayos prematuros, caidas profundas y crueles decepciones.

Las antiguas monarquías de Europa, cuya historia está llena de crímenes entre los hombres y de atrocidades entre las naciones, las que han puesto en práctica todo género de esclavitudes; que han hallado el refinamiento de todas las crueldades, que han asustado á la tierra con sus querellas dinásticas ó religiosas, encendido por todas partes las hogueras de la Inquisicion, y cuyos desgraciados pueblos se han arrastrado siglos y siglos de miseria en miseria, de desesperacion en desesperacion; las antiguas monarquías de Europa, repetimos, conmovidas por tantos cataclismos, trabajadas por tantas guerras y revoluciones, hablan con completo desden de estas Repúblicas, que solo cuentan medio siglo de existencia, y que á través de tantos obstáculos y dificultades prosiguen un trabajo, cuya última palabra será, no lo dudamos ni un momento, el triunfo de la civilizacion y de la libertad. Para el hombre observador, para el político sagaz y experimentado, es indudable que las guerras civiles, y aun las sostenidas entre dos estados, que devastan y llenan de sangre la América del Sur, tienen las mas de las veces el carácter de una lucha entre el partido que se encamina á la concentracion del poder, á la unidad de las leyes, del régimen político y de la organizacion administrativa, y el que tiende al fraccionamiento, á la descentralizacion de la vida pública,

esto es, el federalismo. En el fondo este es el problema de la formación de estos Estados embrionarios, que se debate entre convulsiones renovadas constantemente. Se trata de saber si las Repúblicas americanas se constituirán unitaria ó federalmente.

No debe mostrarse una severidad excesiva al juzgar á estas jóvenes Repúblicas, y al hacerlo hay que averiguar á quien en justicia corresponde la responsabilidad del estado social en que estos Estados se encuentran.

Decaidas durante largo tiempo bajo el punto de vista político, privadas de toda comunicacion con el exterior, acostumbradas durante siglos al absolutismo clerical y monárquico, entregadas á una supersticion degradante y teniendo que luchar contra los vicios originales de casta; la existencia de la mayor parte de ellas ha constituido un perpétuo problema. La emancipacion no ha engendrado, como se quiere suponer, los males que las han aquejado. Estos males son una transmision, son el legado del tiempo pasado, y la libertad que las ha puesto en evidencia, tenemos la seguridad de que sabrá tambien curarlos. De esta libertad que ha venido de improviso, se ha reprochado muy duramente á los americanos del Sur, por haber hecho de ella un uso deplorable, hasta el extremo de que hombres graves hayan escrito que nuestra raza estaba incapacitada para gobernarse bajo la forma republicana democrática que no merecian conservarla, que era necesario volvérsela á quitar, y que el deber de las monarquías de Europa era intervenir en los negocios de estas repúblicas turbulentas, ya que de masas ignorantes como están com-

puestas no se transforman de repente en naciones correctas y disciplinadas. Estas imprudentes palabras se han dejado oír especialmente en la época en que la expedicion á Méjico y la nueva incorporacion de Santo Domingo á España, podían ser consideradas como sintomas de una amenaza para la independencia del Nuevo-Mundo. Pero es preciso no engañarse, la catástrofe de Querétaro es muy significativa, y los príncipes que busquen una corona harán muy bien en recordarla, antes de ir, como ese infeliz Maximiliano, á esponerse aturdidamente á las balas de otro Juarez. Que no se venga, pues, repitiendo como hasta aquí con harta ligereza, sino con manifiesta mala fé, que estos pueblos son indignos de la libertad, ya que han sabido conquistarlas y que sabrán en caso de necesidad defenderlas contra el extranjero, como lo han hecho Méjico, Chile y el Perú. Es en vano que escritores subvencionados por las córtes del antiguo continente, que diplomáticos de un día, que ávidos ambiciosos ó infatuados por sus méritos hagan oír inconvenientes amenazas, inhábiles llamamientos á la ingerencia del antiguo mundo y que hablen de monarquizar de grado ó á la fuerza estas laboriosas democracias; puesto que estas repúblicas sistemáticamente difamadas, dirigen sus principales esfuerzos á permanecer dueñas de sí mismas, dueñas de su presente y de su porvenir. A través de todas las incertidumbres, á través de todos los peligros, han conservado profunda fé en sus propios recursos; no han buscado un salvador real ó imperial, no se han entregado á título de perpetuidad á este ó al otro individuo, y á nadie más que á sí mismas deben la